LA LUZ Y LAS TINIEBLAS.

La fiera, la titánica batalla
dura y persiste aún:
es el combate entre la ciega sombra
y la fecunda luz.

—

¡Ni un instante de tregua y de reposo!
En la tierra, en el mar,
en el espacio, en la conciencia humana
siempre lidiando están.

—

Al través de los siglos que se empujan
con sorda confusión,
ruedan mezclados la verdad, el día,
la noche y el error.

¿Quién vencerá por fin? ¿La negra sombra?
¿La excelsa claridad?...
¡Ay, no lo preguntéis! La horrenda lucha
nunca terminará.

—

Cuando la creación rota y deshecha
vuelva al cáos otra vez;
cuando desierta, impenetrable y muda
la inmensidad esté,

—

en el seno del tiempo, en el espacio,
sin mundos y sin sol,
seguirá eterno el duelo formidable
entre Satán y Dios.

5 Octubre 1876.

ANTE UNA PIRÁMIDE DE EGIPTO.

Quiso imponer al mundo su memoria
un rey, en su soberbia desmedida,
y por miles de esclavos construída
erigió esta pirámide mortuoria.

¡Sueño estéril y vano! Ya la historia
no recuerda su nombre ni su vida,
que el tiempo ciego en su veloz corrida
dejó la tumba y se llevó la gloria.

El polvo que en el hueco de su mano
contempla absorto el caminante ¿ha sido
parte de un siervo ó parte del tirano?

¡Ah! todo va revuelto y confundido,
que guarda Dios para el orgullo humano
solo una eternidad: la del olvido.

28 Diciembre 1879.

Á UN TRAIDOR AFORTUNADO.

Goza, goza en tu infamia! La serena
y osada faz levanta satisfecho:
insulta la virtud, huella el derecho,
y arrostra la opinión que te condena.
Como lugar de crímenes, que llena
de cruces la piedad, muestra tu pecho,
si para el vil á las perfidias hecho
son premio los honores y no pena.
¡Alienta, pues! La multitud olvida,
el tiempo envuelve la verdad en dudas,
la historia engaña, el éxito sanciona.
Unicamente amargará su vida
la implacable conciencia, el juez de Judas,
que ni olvida, ni miente, ni perdona.

18.....

SONETO.

CUANDO el ánimo ciego y decaído
la luz persigue y la esperanza en vano;
cuando abate su vuelo soberano
como el condor en el espacio herido;
Cuando busca refugio en el olvido,
que le rechaza con helada mano;
cuando en el pobre corazón humano
el tedio labra su infecundo nido;
Cuando el dolor, robándonos la calma,
brinda tan solo á nuestras ansias fieras,
horas desesperadas y sombrías,
¡ay, inmortalidad, sueño del alma
que aspira á lo infinito! si existieras,
¡qué martirio tan bárbaro serías!

14 Noviembre 1879.

FIN.

NOTAS.

(1) *La Guerra*, página 7.

Esta poesía forma parte de una colección de diálogos humorísticos, que bajo el título de *Cuentos de la otra vida*, escribí desde 1854 á 1857, con esa irreverencia escéptica y poco reflexiva de la juventud, que nada respeta y á todo se atreve. Animado por la favorable acogida que alcanzaron estas composiciones en las *reuniones literarias*, que por entonces daba semanalmente en su casa, mi distinguido amigo D. Gregorio Cruzada Villaamil, á las cuales concurrían muchos personajes políticos, algunos hombres ya ilustres en las letras y en las artes, y casi todos los que á la sazón empezábamos nuestra carrera, traté de publicar en un tomo estas desenfadadas poe-

sías; pero los acontecimientos políticos, torciendo el curso de mis ideas, me apartaron del propósito que había formado, y á la verdad, no lo siento. He vacilado mucho antes de decidirme á insertar en la presente colección este diálogo, que es, si no me engañan las reminiscencias que conservo, el más comedido y mejor intencionado de cuantos en aquella época compuse, y ya he perdido; pero al cabo me he determinado á incluirle con algunas correciones y atenuaciones, porque siempre es curioso ver de qué modo se modifican, alteran y trasforman radicalmente los gustos, el estilo y hasta los sentimientos de un autor, siquiera sea de tan escasa valía como yo, con el trascurso de los tiempos y las enseñanzas de la vida. ¿Qué queda del escritor satírico que apuntaba en estos *Cuentos*? Apenas nada. Aquella musa sarcástica de mis primeros años, ha huído con mi juventud bulliciosa; mis epigramas se han convertido en elegías, y lo que antes me hacía reir, ahora me inspira compasión ó me aflige. No sé si he perdido como poeta; pero sé que he ganado como hombre, y doy gracias á Dios por el cambio.

(2) Soneto *A España*, página 39,

Escrita y publicada en circunstancias azarosas y difíciles, cuando el sentimiento revolucionario estaba más vivo en la opinión, porque no había aún prevalecido, esta poesía atrajo sobre mí acerbas censuras. Uno de nuestros más reputados autores dramáticos, me impugnó en otro soneto, que siento no conservar, en el cual, si no contradecía, atenuaba por lo menos mis desconsoladoras afirmaciones. Hoy sospecho que no piensa lo mismo que entonces: aquél era el período de las esperanzas, y ya hemos entrado en el de los desengaños. Siete años después, otro escritor distinguido, D. Carlos María Perier, que había condenado el espíritu de mi composición, creyéndole exageradamente pesimista, se arrepentía noblemente del mal juicio que de ella y de su autor había formado, dándome la razón, ó más bien, reconociendo con ingenua franqueza que los hechos me la habían dado. Recordaba y reproducía á este propósito en el número de la *Defensa de la Sociedad*, correspondiente al 10 de Mayo de 1873, mi asendereado soneto, y escribía á continuación los siguientes párrafos, que no por el elogio inmere-

cido que contienen, sino por la justicia que implícitamente hace en ellos á mis sentimientos, le estimo y agradezco con toda el alma.

«Como el amor de la patria algo participa, y debe participar (dice el Sr. Perier en la citada Revista), del amor y veneración de los hijos á la madre, que no consiente oir hablar mal de ella sin un estremecimiento de vivo pesar, sucedió que á cierto lector hubo de parecerle este soneto, aunque literariamente bello, duro y cruel moralmente considerado, y á mayor abundamiento algo injusto. Y escribió al margen de la composición las siguientes líneas:

Al mirar tan honda saña,
claro se ve como el sol,
que el soneto no es á España,
ó el autor no es español.

»Corrieron los tiempos: y el *respeto* y la *obediencia* verdaderamente rotos, y el freno de *Dios* y de la ley perdidos en grandísima parte, y el aire de *tempestad* horrible volcando instituciones y principios fundamentales de vida, han hecho venir á las mientes del lector citado los versos rotundos y vigorosos del soneto antiguo y sus

tristísimos y acerados conceptos. Ha vuelto á leerlo y ha sentido el mismo estremecimiento de vivo pesar que sintió hace seis años: pero en vez de las puntas de indignación que entonces brotaron en su ánimo, hoy han subido llamaradas de rubor á su rostro, y después ha sobrevenido á su alma gran desfallecimiento: la duda de si tales y tan acerbas palabras serían un infausto vaticinio, asalta y mortifica su espíritu, según la confidencia que al oído nos ha hecho.

»¡Ah! cuando un pueblo *la virtud olvida*, lleva consigo la peor tiranía, la *tiranía de los vicios*. ¡Qué verdad tan grande!»

Pero ¿á qué seguir? Todos, y yo el primero, á pesar de mis dudas é incertidumbres, nos dejamos llevar entonces de una ilusión halagüeña, que desgraciadamente no se ha realizado. Mas no desmerece por eso la intención generosa que nos animó, ni lo habremos perdido todo, si aprovechamos la dolorosa enseñanza de estos seis años últimos para no pedir en lo sucesivo á los procedimientos de fuerza, lo que quizás por camino más largo, pero más seguro, podemos alcanzar con el auxilio de la razón y con el honrado ejercicio de nuestros derechos de ciudadanía.

(3) *La duda*, página 41.

Los *Juegos florales* que anualmente acostumbran á celebrar en la capital del Principado los poetas catalanes, se verificaron en 1868 con inusitada pompa. Mi memoria me es infiel, y no recuerdo si fué á mediados de Abril ó á principios de Mayo cuando se realizó la justa literaria; pero no he olvidado el mérito sobresaliente de las poesías que se presentaron al concurso y obtuvieron premio, ni el entusiasmo con que los escritores catalanes contribuyeron al nuevo florecimiento, por cierto digno de estudio, de una literatura que parecía hace muy poco tiempo muerta y que hoy cuenta ya con poetas líricos de gran valía, autores dramáticos fecundos é intencionados, novelistas de nota y concienzudos historiadores. Con una galantería, ó mejor dicho, con un espíritu de fraternidad merecedor de los mayores elogios, el *Consistorio* que presidía los *Juegos florales* en el referido año, invitó á los poetas provenzales, mallorquines, valencianos y castellanos á la fiesta del *gay saber* que había preparado. Acudieron al llamamiento el inspirado autor de *Mireio*, Federico Mistral, y la pléyade ilustre de trovadores de Provenza, en la cual figuran Aubanel, Roumanille, Roumieux, el príncipe Bonaparte Wysse y otros muchos que tan alto han levantado el crédito de la *felibrería* en el Mediodía de Francia. También asistió gran número de poetas valencianos y mallorquines, cuyos nombres no cito, porque no acordándome de todos, no quiero agraviar á ninguno con la omisión; y como representantes de la literatura castellana, concurrimos á la solemnidad el nunca bastantemente celebrado Zorrilla, mi maestro y amigo; Ruiz Aguilera, cuya musa es cada día más joven, más brillante y más sentida, y yo, que alcancé la honra de acompañarlos, por la circunstancia de hallarme á la sazón en Barcelona.

El *Ateneo Catalán*, no menos afectuoso que el Consistorio de los *Juegos florales*, invitó á los poetas forasteros á una lectura pública, y en ella dí á conocer por primera vez la *Epístola* que origina la presente nota. Publicada después en el periódico *La Época* de Madrid, é impresa además en Barcelona, en cuaderno aparte, por la iniciativa de varios amigos que habían manifestado deseos de poseerla, esta poesía, que bajo tan buenos auspicios nació, ha obtenido,

como ninguna otra de las mías, los favores de la fortuna. Conozco ediciones de ella hechas en Buenos-Aires, Chile, Nueva-Granada y otros puntos de la América española, y guardo como un recuerdo las cartas cariñosísimas y los elogios apasionados con que me han honrado desde aquellas remotas regiones personas que, sin conocerme, han tenido la bondad de dirigirse á mí, con motivo de la referida composición. En medio de los sinsabores y amarguras de la vida literaria, no negaré que esto me ha proporcionado más de un momento de satisfacción, y no quiero desaprovechar la oportunidad que se me ofrece de expresar públicamente mi gratitud á los poetas y críticos americanos á quienes he debido distinción tan señalada, tanto más digna de reconocimiento, cuanto menos merecida.

(4) *Á Darwin*, página 83.

No son nuevas, ni mucho menos, las audaces teorías expuestas por Carlos Darwin y su escuela sobre el origen del género humano, teorías que tan profunda influencia han ejercido y ejercen aún en la filosofía contemporánea, y que son la base más sólida del materialismo

moderno. Con un espíritu de observación vivo é ingenioso para encontrar semejanzas y explicar fenómenos, Mister Darwin, á quien, si no es posible conceder la invención del sistema que lleva su nombre, no puede negársele ni el método, ni la claridad, ni el atrevimiento para exponerle, ha llegado de deducción en deducción hasta afirmar rotundamente en su obra *Descent of man and selection in relation to sex* publicada en 1871, que el «hombre procede de un cuadrúpedo cabelludo, de larga cola y orejas puntiagudas, nacido para vivir habitualmente en los árboles.» La doctrina de la selección natural, es decir, de la trasformación gradual y sucesiva de las especies, obedeciendo á fuerzas ciegas y leyes inmutables de la materia, ha penetrado, como he dicho, en la alta esfera de la filosofía, y hay quien explica ya por este principio el desenvolvimiento de la humanidad en la historia. Entre otros, Herbert Spencer, sostiene que los movimientos sociales y políticos son debidos á causas puramente naturales, extrañas á la voluntad de Dios y al trabajo de los hombres, y partiendo de este fatalismo humillante, niega la acción de la autoridad y de

la libertad, la noción del derecho, la virtud salvadora de las religiones y hasta la influencia moralizadora de la instrucción pública en las costumbres. Según este apóstol del materialismo moderno, la fe en los libros y en las ciencias, es una de las más funestas preocupaciones de nuestro siglo, porque la menor ó mayor suma de conocimientos, el mayor ó menor grado de ilustración genera! á que pueden llegar los pueblos, no influyen lo más mínimo en las evoluciones de la humanidad, que se realizan inevitablemente por las solas fuerzas de la naturaleza. De esto á proclamar la excelencia de la bestia sobre el hombre, no media siquiera un paso. ¡Ay! ¡Cuán cierto es que á medida que el entendimiento humano, por sagaz y perspícuo que sea, se aleja de Dios, cae en las sombras más profundas y en las más monstruosas aberraciones!

(5) *Á Castelar*, página 135.

Faltaría á un deber de conciencia, si al publicar esta poesía, inspirada por el espectáculo que ofrecía en 1873 nuestra desgraciada patria, devorada en las ciudades por la anarquía, en

los pueblos por el fanatismo socialista, y en las Córtes por las pasiones más aviesas, no hiciera justicia á la rectitud de alma, al valor cívico y á los sentimientos patrióticos de mi antiguo y querido amigo Castelar, que fué el primero en iniciar dentro de su partido la resistencia, y que dió claras muestras de ser en aquellos azarosos días, no sólo gran tribuno sino honrado ciudadano. Él comenzó la reorganización del ejército, que estaba moral y materialmente disuelto; reprimió, hasta donde le fué posible, el desorden, y procuró salvar la libertad, combatiendo rudamente la licencia, que la hacía odiosa. Siempre recordaré con admiración el elocuente discurso que pronunció en la memorable noche del 2 de Enero de 1874, y que fué más que un discurso, un acto de generosa energía. Malográronse sus esfuerzos en aquella noche terrible, porque las Córtes republicanas habían perdido el juicio, y adolecían ya de esa ceguera que Dios envía á todos los poderes desatentados en la hora de su muerte; pero no por eso la actitud resuelta y patriótica del Sr. Castelar es menos digna de elogio. Dijo á su partido la verdad, y no fué atendido; mostróle el abismo ha-

cia el cual corría precipitado, y nadie hizo caso, intentó despertar el sentimiento del deber en aquella masa caldeada de egoismos impuros, y sólo logró excitar la cólera de una mayoría absurda, que entonces no quiso vivir, y pocas horas después no supo morir. El único error del Sr. Castelar fué el de no haber comprendido de antemano que la república en nuestro país, tal como él y sus amigos la habían predicado y de la manera con que se había impuesto, sólo podía producir los amargos frutos que produjo: el eclipse de la libertad, el delirio de la calentura y los horrores de la violencia.

Pero trató de remediar el mal causado, y esto atenúa la trascendencia de un error, que nunca ha perturbado la nobleza de su corazón, por más que haya empañado durante muchos años la claridad de su inteligencia.

ÍNDICE.

	Págs.
Prefacio	V
Introducción	1
Á Quintana	3
La guerra	7
Recuerdos	15
El reo de muerte	21
Fotografías	25
En el Monasterio de Piedra	27
Crepúsculo	31
¡Treinta años!	33
Á España	39
La duda	41
¡Amor!	55
Estrofas	57
Miserere	69
¡Excelsior!	81
Á Darwin	83
Las arpas mudas	95
Problema	101